

Kilian Wirthwein

EL PRECIO DE LA PAZ ¿POR QUÉ HUBO SESENTA AÑOS
DE GUERRA FRÍA EN COLOMBIA?

UNA SÍNTESIS HISTÓRICA BASADA EN CONVERSACIONES
CON EXCOMBATIENTES Y NEGOCIADORES

Granada
2024

COLECCIÓN EIRENE

DIRECTOR:

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ
IPAZ-Universidad de Granada, España

CODIRECTOR

MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA
Universidad de Caldas, Colombia

COMITÉ CIENTÍFICO:

FRANCISCO DEL CORRAL DEL CAMPO
IPAZ-Universidad de Granada, España

CARMEN RAMÍREZ HURTADO
IPAZ-Universidad de Granada, España

PEDRO SAN GINÉS AGUILAR
IPAZ-Universidad de Granada, España

DANÚ ALBERTO FABRE PLATAS
Universidad Veracruzana, México

MARÍA DEL MAR GARCÍA VITA
Universidad del Norte, Colombia

GIANNI SCOTTO
Universidad de Florencia, Italia

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS
Universidad de Zaragoza, España

SILVIA MARCU

Consejo Superior de Investigaciones
Científicas, España

TANIA DRONZINA

Universidad de Sofía San Klemente de
Ojrida, Bulgaria

IRENE COMINS MINGOL

Universidad Jaume I, España

INÉS CORNEJO PORTUGAL

Universidad Metropolitana, México

EULOGIO GARCÍA VALLINAS

Universidad de Cádiz, España

XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Universidad de Santiago de Compos-
tela, España

ESPERANZA HERNÁNDEZ DELGADO

Universidad la Salle, Colombia

GERARDO PÉREZ VIRAMONTES

Universidad Jesuita de Guadalajara,
México

WOLFGANG DIETRICH

Universidad de Innsbruck, Austria

© KILIAN WIRTHWEIN

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-7493-1 • Depósito legal: Gr./1726-2024

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243930-246220

www: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Granada

Imprime: Printheaus. Bilbao

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Dedicado a mi madre,
la persona más buena y brillante que jamás he conocido.*

CONTENIDOS

- 11 Capítulo 1. INTRODUCCIÓN.
- 17 Capítulo 2. LA DIALÉCTICA GLOBAL-LOCAL: CAPITALISMO, GLOBALIZACIÓN Y LOS VIAJES IDEOLÓGICOS DEL COMUNISMO INTERNACIONAL.
- 35 Capítulo 3. LOS PESOS PESADOS DE LA GUERRILLA EN COLOMBIA: FARC, EPL, ELN Y M19.
- 55 Capítulo 4. PENSAR LA PAZ: LOS PRINCIPALES PROCESOS DESDE 1984.
- 73 Capítulo 5. LAS HUELLAS DEL PASADO: EL FINAL Y LA CONTINUIDAD DE LA GUERRA FRÍA EN COLOMBIA.
- 99 Capítulo 6. CICATRICES EN LA TIERRA: LA PAZ CON LAS FARC, LA GUERRA CON EL ELN.
- 133 Capítulo 7. CRÓNICAS DE UNA PAZ ANUNCIADA DESDE HACE 40 AÑOS.
- 147 Capítulo 8. EL PRECIO DE LA PAZ. ¿POR QUÉ NO LLEGÓ LA PAZ A COLOMBIA DURANTE 60 AÑOS?
- 167 CONCLUSIONES.
- 173 BIBLIOGRAFÍA.

Introducción

La política cambió –nuevos actores, nuevas estructuras, nuevas ideologías–, pero no dio lugar a una *nueva política*, a un renacimiento de lo político. Mucho seguía igual: el pueblo seguía observando los juegos de poder de los gobernantes.

Ekkehart Krippendorff, *El arte de no ser gobernado*, 1999, p. 11.

Este libro trata de sintetizar algunos de los motivos principales por los que, durante los últimos 60 años, ha sido tan persistente el conflicto armado en Colombia que tuvo sus orígenes en un contexto internacional de Guerra Fría; pero que ha perdurado muchos años más que la mayoría de los conflictos civiles de la historia.

Al mismo tiempo, se pretende adoptar una mirada histórica que entienda el conflicto desde tres visiones: las dinámicas globales, las nacionales y las locales. En conversación con numerosos expertos, académicos, excombatientes de las guerrillas y negociadores del gobierno, el objetivo principal es el de destilar una serie de criterios clave y formar una serie de conceptos que nos puedan ayudar a entender los obstáculos de la paz en Colombia de manera holística, adoptando una “mirada larga” y de alto nivel que analice los principales procesos de paz con las principales guerrillas (FARC, EPL, ELN, M19) desde los primeros intentos serios de llevar a cabo un proceso de paz a partir de los años 80.

Existe una literatura amplia sobre cada proceso de paz, sus actores y dinámicas y varios estudios comparados sobre un determinado proceso de paz y otro; pero existen pocos libros que se pongan como objetivo comprimir 60 años de historia de diferentes guerrillas en una monografía lo más acotada posible para producir una serie de aprendizajes sobre el conflicto de Colombia desde una mirada que combine la necesidad de adentrarse en las profundidades de procesos históricos que vienen de antaño y, a su vez, la necesidad de no perderse en los detalles de cada proceso de paz.

Es decir, esta investigación académica trata de ser una guía rápida y asequible con miradas macro sobre cuestiones y patrones que han resultado ser cruciales a lo largo de todos los principales procesos de paz y que, por ello, requieren de especial atención para las personas que se interesen por el conflicto colombiano por motivos profesionales o académicos.

Por tanto, se trata de un libro que pretende sintetizar la complejidad del conflicto colombiano, desde una perspectiva concreta: la larga guerra fría, y con insumos y aportes nuevos a través de más de 40 entrevistas a protagonistas directos del conflicto. Sus miradas, perspectivas y puntos de vista que van desde contradicciones, coherencias y anhelos de transformación de su realidad y de un país que aspira a tener una paz perdurable y justa.

PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DEL LIBRO

Este libro nace de la intención de ofrecer una serie de aprendizajes clave sobre uno de los conflictos armados más complejos que ha vivido el planeta. Cualquier autora o autor que pretenda abordar el conflicto de Colombia por primera vez se encontrará con el mismo desafío: una complejidad inmensa para navegar lo que es un conflicto extremadamente multifacético, con una inmensa cantidad de actores, paradojas, relaciones poco transparentes y un sinfín de detalles y sensibilidades territoriales. Existen compendios y bibliotecas enteras sobre la historia del conflicto en Colombia.

Empezando por una extrema dificultad a la hora de determinar el momento exacto en el que comienza el conflicto, cualquier primera aproximación a un análisis profundo del conflicto colombiano resulta abrumadora para cualquier persona que pretenda analizar dicho conflicto, no solo por la cantidad de actores, sino por la grandísima duración en el tiempo, la sensación de que el final de un conflicto a menudo supone la transición hacia otros nuevos conflictos y la inmensa dificultad de mapear los nexos entre actores en cada etapa.

Seguramente debido a esta extrema dificultad de hablar de *un solo conflicto* con coherencia a través del tiempo, existen pocos libros que traten de analizar el conflicto interno de Colombia desde una mirada holística. Muchos libros pretenden realizar este esfuerzo, pero acaban perdiéndose en los detalles, dejando de lado una mirada más enfocada y sintetizada. Esta investigación trata de ir a lo fundamental: es decir, se centra en destilar una serie de aprendizajes clave, más allá de los eventos puntuales sobre el terreno. Por tanto, se adopta una mirada *macroanalítica* y *macrohistórica*.

Por supuesto, al tomar esta decisión analítica, surgen una serie de desventajas: este libro no consigue ofrecer un compendio detallado e histórica-

mente completo. Pero tampoco es la intención ni el objetivo ofrecer una enciclopedia histórica exhausta, puesto que ya se han realizado trabajos previos de extrema valía en este sentido; en especial, la *Biblioteca de la Paz* de Álvaro Villarraga Sarmiento. De hecho, en cuanto a la información fáctica, bebe ampliamente de las enseñanzas de esta biblioteca de la paz y se recomienda una lectura en paralelo de esta obra para aquellas personas que tengan un interés especial en entender los entresijos históricos que hay sobre el terreno en cada etapa del conflicto armado de Colombia.

En definitiva, la ambición de este libro es otra: sintetizar años y décadas de investigación previa, recopilar miradas de diversos actores (especialmente negociadores de las principales guerrillas y del gobierno) y acercarse a una serie de aprendizajes que tengan una utilidad práctica a la hora de aconsejar los intentos de paz en Colombia y otras geografías en el futuro.

INTERÉS DEL TEMA

Escribir sobre el conflicto armado de Colombia no es fácil. Esta es quizás la primera lección que me llevo del proceso que me ha llevado a escribir este libro. Pero, a pesar de lo complicado que es, no acaban de publicarse nuevos libros con nuevas lecturas sobre este tema. La razón es más bien sencilla: a pesar de innumerables esfuerzos, la paz no acaba de aterrizar en Colombia por lo que encontrar nuevas pistas sobre cómo construir una paz sólida sigue siendo de máxima prioridad y necesidad.

El mundo académico, en este sentido, juega un papel fundamental a la hora de pensar nuevos espacios y nuevas posibilidades de construcción de paz. También, libros como este juegan un rol importante a la hora de tratar de generar un cambio de paradigmas que impulsen una cultura más pacifista. Como autor, estoy convencido que la academia y el activismo pacifista pueden y deben ir de la mano.

Se pretende con este manuscrito adoptar ciertos niveles de distancia analítica. Es común encontrarse con una amplia literatura justo después de un nuevo acuerdo de paz. Esto resulta incongruente, ya que en la mayoría de los casos se necesitan, como mínimo, unos pocos años para empezar a entender si, en el largo plazo, un determinado proceso de paz pudo alcanzar ciertos grados de éxito. Por ejemplo, tras los acuerdos de paz de La Habana se escribió muchísimo sobre el tema cuando, en realidad, aún era temprano para empezar a medir los efectos de estos acuerdos en el medio y largo plazo.

Es decir, se analiza desde una mirada más dilatada y profunda que el análisis del día a día de procesos de paz determinados. La intención es la de

intentar adoptar una mirada holística que haga equilibrios entre la inmensa cantidad de material histórico y la necesidad de sacar, al menos, algunas ideas concretas en claro. Es un buen momento para ello, puesto que ya nos acercamos a una década desde que se firmó la paz con las FARC y fracasó el acuerdo con el ELN y nos permite, por tanto, comparar con procesos de paz previos en mayor profundidad y dilatación.

La elaboración y publicación de este libro también coincide con una serie de cambios históricos en Colombia que llegaron de la mano del primer gobierno progresista en el país. La elección de Gustavo Petro como presidente ha abierto una nueva etapa en Colombia con nuevas posibilidades de pensar y debatir la paz. Como suele pasar con los grandes cambios políticos de cualquier país, se abren nuevos retos y nuevas oportunidades.

Es la responsabilidad, en mi opinión, del mundo académico apoyar una serie de análisis con capacidad de aportar al mejoramiento de las sociedades, es decir, las investigaciones académicas deben tener utilidad práctica. Por ello, considero que queda justificado no sólo el interés de esta publicación, sino el imperativo por el cual los académicos debemos intentar aportar nuestro grano de arena a que construyamos un mundo basado en una tradición pacifista.

MOTIVACIONES PERSONALES

Desafortunadamente, ninguna región del mundo se ha librado de un periodo de guerras y de conflicto a gran escala. Esta triste realidad de calamidades, de sufrimientos personales y de familias destrozadas por sucesos que escapan a su control y capacidad de influencia es un constante recordatorio de que cualquier paz es frágil y requiere un esfuerzo continuado de promover una cultura pacifista que se imponga al militarismo y belicismo.

Sin ir más lejos, adoptando una mirada intergeneracional, toda familia del mundo ha sufrido las consecuencias de la guerra de manera más o menos directa. En mi caso, mi abuelo paterno, Heinz Wirthwein, nació y creció en el periodo de entreguerras en Alemania cerca de la frontera con Francia. Su adolescencia y juventud se vio sacudida por el periodo más oscuro que ha conocido la historia de la humanidad: fue obligado a luchar en la Segunda Guerra Mundial con tan sólo dieciocho años y pasó cuatro años en una prisión de guerra en el desierto de Egipto.

Mi abuela alemana, Rosemarie Neuner, tuvo que mendigar durante meses para poder comer algo de pan en el periodo de posguerra y siempre recordaría la humillación de haber pasado de pertenecer a una familia rela-

tivamente pudiente a perderlo todo de manos de un padre atormentado por los traumas de la Primera Guerra Mundial y que acabó siendo alcohólico y jugador, perdiendo todos sus ahorros. Estos traumas infantiles la acompañaron toda su vida.

Mi abuela materna, Cecilia Martín, con tan solo cuatro años, tuvo que huir de la mano de su madre –mi bisabuela– por la carretera de Almería y sufrió el bombardeo a la población civil malagueña que hoy en día se conoce como “La Desbandá”, que fue la mayor matanza del periodo de la Guerra Civil Española. Sobrevivió de milagro. Nunca quiso hablar demasiado de esta traumática experiencia, que fueron sus primeros recuerdos como niña.

De mi otro abuelo, Antonio Vega, tengo menos información sobre su experiencia personal durante la Guerra Civil Española y la posguerra, más allá de que vivía en una barriada obrera y veía con frecuencia como las fuerzas del régimen franquista se llevaban a amigos suyos, sin que volviera a verlos. Preguntarle sobre su rol o sus actividades en la guerra resultaba ser una tarea imposible que era correspondida con largos silencios. De alguna manera, las historias, las narraciones y los silencios de mis abuelos representan el sufrimiento que han tenido que padecer generaciones y generaciones a lo largo de los milenios: los vaivenes de la paz y la guerra a causa de las luchas de poder entre gobernantes.

Siempre me han fascinado mis conversaciones con mi abuelo Heinz Wirthwein que sí era propenso a hablar sobre todo lo que le aconteció durante la Segunda Guerra Mundial. Su intención era clara: ser parte de una generación que cuenta su historia para advertir a la juventud de que algo tan horrible como el nazismo y la Segunda Guerra Mundial podría volver a sacudir a Europa.

Habiendo crecido entre estas historias, mi interés por los estudios sobre la paz ha sido una constante, especialmente desde mi etapa universitaria, en la que pasé un verano como voluntario de la ONG pacifista *Initiatives of Change* (IofC) en su sede suiza cerca de Ginebra.

En gran parte, fueron las experiencias de mis abuelos las que me llevaron a estudiar un grado en Relaciones Internacionales en la *Universidad Rhine-Waal* en Alemania, a completar estudios de máster en asignaturas relacionadas con la paz y los conflictos en la *London School of Economics* y la *Universidad de Oxford*. Fueron los mismos motivos los que me llevaron a visitar una mañana de noviembre el *Instituto de la Paz y los Conflictos* de la maravillosa *Universidad de Granada*, donde conocí a mi futuro director de tesis doctoral, el profesor Mario López Martínez, a quien le debo mi interés por los proce-

sos de paz en Colombia y quien considero el artífice real de este libro: sin su apoyo, sus contactos y dedicación a este proyecto, no habría sido capaz de sacar adelante esta investigación.

Mis más profundos agradecimientos para Mario y todas las personas que me han acompañado y guiado a lo largo de este proyecto. En especial, me gustaría destacar al profesor Álvaro Villarraga Sarmiento y a la viceministra colombiana Lilia Solano Ramírez. Gracias a ellos tuve acceso a todos los actores relevantes del conflicto en Colombia que me proponía entrevistar y pude conocer de primera mano el funcionamiento de los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR). También quiero mencionar a mi amiga Viviana Annunziata, que me abrió las puertas de la ONU y a mi amiga Manuela Duque, que me facilitó contactos que me ayudaron para poder entrevistar a antiguos miembros del gobierno de Colombia durante la etapa Santos. También quisiera agradecer al profesor Oscar Useche Aldana por acogerme durante tres meses en la Universidad Distrital, una estancia que resultó ser determinante para este trabajo académico.

En conversaciones con Álvaro Villarraga también pudimos averiguar una curiosa anécdota personal: En los años 90, hubo unas negociaciones entre el gobierno de Colombia y el grupo guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en mi ciudad natal de Würzburg en Alemania. Resulta que el mismo obispo de me bautizó en 1994 resultaría ser una de las personas clave de dicha negociación que culminó en el histórico acuerdo humanitario conocido como el *Acuerdo de la Puerta del Cielo*. Esta anécdota la percibí como una de esas casualidades extrañas con las que juega el universo.

El lector/a de este libro encontrará en las siguientes páginas una intención ciertamente metafísica: trascender los detalles del día a día y enfocarse en una serie de visiones más abstractas. Por supuesto, todo intento de aproximarse a enseñanzas generales necesariamente acaba en fracaso, pues no existen las explicaciones completas. Pero, estoy convencido que alguna lección se ha aprendido por el camino, aunque sea explicar de manera elaborada que, exagerando las palabras de Sócrates, al final no sabemos absolutamente nada. Aun así, espero que al menos unas pocas ideas resulten de interés y sirvan para ofrecer nuevas perspectivas valiosas para los intentos de paz en Colombia y en el mundo.

La dialéctica global-local: Capitalismo, globalización y los viajes ideológicos del comunismo internacional

En el siglo XIII, Marco Polo, hijo de una familia de comerciantes, emprendió un viaje al imperio de Kublai Khan, donde rápidamente estableció una estrecha relación de amistad con la familia del emperador. Sus famosas aventuras, que hoy constituyen una narración popular conocida por todo el mundo, son símbolo de un mundo con fronteras artificiales. Originario de Venecia, sus experiencias en Asia le cambiaron para siempre. El conjunto de personas como Marco Polo, que a lo largo de la historia han sido exploradores, han cambiado el trascurso de este planeta. Pero es importante recordar que no solo viajan las personas y las mercancías que llevan consigo: quizás el viaje más importante lo realizan las ideas.

La interacción entre el nivel global y el nivel local a la hora de definir qué ideologías consiguen expandirse internacionalmente es quizás uno de los fenómenos más difíciles de analizar y predecir de manera sistemática. La cantidad de factores, que determinan el éxito y fracaso de ciertas ideas políticas, es tan compleja que resulta casi imposible saber con antelación en qué países habrá una revolución, qué alianzas transnacionales surgirán, cómo van a responder las fuerzas dominantes, etc.

Es decir, los movimientos ideológicos en la escala global siguen una lógica cuya trayectoria y probabilidades de éxito es extremadamente difícil de establecer y son, a menudo, eventos poco probables los que cambian el curso de la historia una vez que suceden en un lugar determinado y causan una especie de cataclismo global (Bremmer, 2014). Sirvan de ejemplo la Revolución Francesa, la Revolución Rusa de 1917, la Gran Depresión de 1929 y la Gran Recesión de 2008, la caída del Muro de Berlín, el ataque a las Torres Gemelas o la Pandemia Global del Covid-19.

Todos estos eventos han sido casi imposibles de predecir y, en la escala individual, eran improbables; pero una vez que se da uno de estos eventos históricos, todo el sistema internacional se ve profundamente alterado, pro-

duciendo consecuencias inciertas para el trascurso de la política en todos los países.

Uno de los motores fundamentales de los cambios globales a largo plazo viene determinado por ideas políticas que se formulan por pensadores y luego encuentran resonancia en agendas políticas concretas. Las ideas políticas que consiguen generar influencia pueden resistir décadas y siglos, creando escuelas de pensamiento y un prisma analítico bajo el cual darle sentido al funcionamiento del mundo.

Los/las ideólogos/as, por tanto, pueden tener una huella longeva sobre el trascurso de la historia. Fue así para Marx y Engels a través de sus formulaciones teóricas en *Das Kapital* y su apelación a la acción en el *Manifiesto Comunista*. Estas obras han marcado unos 150 años de historia del comunismo internacional y han servido como punto de partida para adaptaciones numerosas de los postulados comunistas, influyendo sobre agendas socialdemócratas, comunistas, anticolonialistas y nacionalismos que han prestado las ideas iniciales de Marx y Engels (véase Priestland, 2010).

Es relevante, sin embargo, tener en cuenta que estas obras surgen siempre desde un determinado momento y contexto y beben directamente de otras obras o movimientos políticos anteriores. Las revoluciones comunistas (o intentos de ello) que se dieron mundialmente mantienen una estrecha relación con las revoluciones liberales anteriores que surgieron como respuesta a un Antiguo Régimen de monarquías absolutistas en Europa que trataban de impedir su pérdida de influencia bajo los procesos transformadores del capitalismo global (Frey, 2019).

Las antiguas monarquías europeas habían estado en disputas de poder desde hacía siglos con la creciente influencia de una clase de mercantes y comerciantes que, a través del establecimiento de las gildas, marcaron un precedente para la creación de una clase burguesa en la mayoría de los países europeos y, con el tiempo, en las colonias de ultramar. La Liga Hanseática, que puede considerarse un ejemplo temprano de capitalismo transnacional, se disputó con las coronas germanas y nórdicas, tratando de ganar autonomía fiscal de las Coronas.

La rápida expansión de las colonias europeas estaba claramente sustentada en un modelo de explotación despiadada, basada en la ocupación de territorios indígenas y la violencia extrema hacia poblaciones locales. La esclavitud, especialmente sufrida por población afro que había sido transportada forzosamente de África a América, fue una barbarie conectada estrechamente con los modelos de crecimiento mercantilista y, progresivamente, un sistema econó-

mico basado en la maximización de la explotación. Las guerras entre ejércitos europeos de diversos países y las poblaciones indígenas de América muestran un modelo económico basado en el exterminio y el genocidio. Algunas estimaciones hablan de la muerte de hasta el 95 por cien de la población indígena a raíz de enfermedades importadas, guerras directas y asesinatos deliberados desde las primeras invasiones europeas (Bartrop & Totten, 2004).

Muchas de las guerrillas comunistas que se formarían más tarde, contarían con una alta participación directa o colaboración con poblaciones indígenas y afros, conectando las ideas marxistas-leninistas de liberación con las luchas paralelas anticolonialistas y antirracistas. Es decir, las alianzas comunistas se enmarcaban en una diversidad de desigualdades y sufrimientos colectivos, con experiencias diferentes que, sin embargo, tenían en común la lógica de la discriminación y la explotación. Es decir, había una especie de unidad en la diversidad de luchas que permitía la formulación de posturas comunes o, al menos, algunos intentos de coordinación o simbiosis orgánica.

En la revolución de Estados Unidos, los movimientos de independencia en Latinoamérica o la propia Revolución Francesa, la burguesía liberal jugó un papel fundamental en su rechazo de los absolutismos monárquicos que iban ligados a la explotación de sus ganancias empresariales a través de fuertes impuestos.

Sin embargo, mientras que las revoluciones liberales se apoyaron en alianzas amplias entre la burguesía y las clases populares; estos eventos sirvieron para la creciente organización política y acción colectiva de las clases populares.

En este marco, en el capitalismo ya más avanzado, las clases trabajadoras y obreras comenzaron a formular sus propias agendas políticas en base a dos niveles: 1) una lucha contra el Antiguo Régimen que compartían con las fuerzas liberales y 2) una lucha contra la burguesía liberal que les explotaba económicamente.

Los sindicatos y los partidos socialistas y comunistas ganaron una fuerza rápida en el marco de las democracias republicanas y las monarquías constitucionales que fueron surgiendo en Europa. Como muestran las etapas napoleónicas y la del Congreso de Viena, todo el siglo XIX, fue una lucha de tres visiones sobre cómo debían organizarse los sistemas de gobierno contemporáneos:

- a) Los esfuerzos conjuntos de las Coronas de impulsar una Restauración con monarquías adaptadas a los nuevos tiempos.

- b) El establecimiento de parlamentos nacionales democráticos y liberales, en su defecto, llegando a compromisos con las Coronas a través de monarquías constitucionalistas.
- c) Los intentos de promover un sistema alternativo comunista que negara tanto los poderes monárquicos como los burgueses a través de repúblicas populares y “dictaduras del proletariado”.

Detrás de la creciente disputa de poderes se encontraban las fuerzas del cambio tecnológico y social que vinieron acompañadas de la creciente industrialización del mundo (véase Frey, 2019), así como una masificación del consumo y de la política. La aceleración del comercio global imperialista, la movilidad transatlántica del capital, las rutas globales de migración, la masificación de la prensa escrita y de la cultura, el surgimiento de un sistema financiero y monetario global, la reducción del coste del transporte a través del ferrocarril y los navíos modernos, los sistemas de comunicación modernos (como el telegrama) y, en definitiva, la rápida internacionalización, crearon un marco que sacudieron los cimientos de la sociedad feudal y crearon una nueva dialéctica global entre nacionalismo y globalismo en la que los diferentes actores sociales trataban de posicionarse como fuerza hegemónica en las capitales y regiones de cada país.

En Europa, la expansión de los imperios llevó a siglos de cooperación militar y económica entre las coronas y los comerciantes para establecer un sistema de colonización global. Sin embargo, surgieron fuertes discrepancias puesto que las clases burguesas no vieron traducido su creciente influencia económica en un reparto de poder con las monarquías y la Iglesia (véase Frey, 2019). Pero los movimientos de las clases burguesas en los diferentes países europeos fueron dispares. Mientras que inicialmente se apoyaron en las clases populares para favorecer un cambio en contra del Antiguo Régimen, se dieron situaciones de nuevas alianzas liberales con la monarquía y otros sectores conservadores cuando existía un peligro real de que nuevas fuerzas políticas de izquierda apoyados por los sectores populares aprovecharan los momentos de cambio.

Hubo, por tanto, un complejo encaje de bolillos en el que se dieron todo tipo de alianzas temporales que llevaron a un mosaico de repúblicas y monarquías en Europa. La Revolución Francesa y el ascenso de Napoleón mostró a las clases comerciantes lo difícil que era controlar el trascurso de los eventos una vez comenzada una revolución. La Guerra de Independencia Española y la resistencia a Napoleón en otras partes de Europa, tuvieron consecuencias

para todo el continente; incluyendo el aumento del nacionalismo alemán, británico, italiano y ruso.

El periodo de la Restauración Europea con el Congreso de Viena reinstauró un conservadurismo monárquico y provocó, como reacción, que las fuerzas ideológicas liberales y comunistas consolidaran visiones de necesidad de cambios hacia modelos más justos de organizar la sociedad, conectando con determinados intelectuales de la burguesía más radical que abogaban por el republicanismo, las opciones demócratas, socialistas, comunistas, utopistas y anarquistas.

El final del siglo XIX y principios del siglo XX en Europa, vinieron marcados por el auge del sindicalismo, el socialismo y el comunismo (Priestland, 2010). Pero, especialmente, a partir de la Primera Guerra Mundial también surgen nuevas propuestas nacionalistas reaccionarias que combinaban una nostalgia por valores sociales tradicionales con agendas de desarrollo económico en beneficio de los estados modernos fuertemente burocratizados en una visión de estados soberanos como fuerzas industrializadoras (véase Gerschenkron, 1962)¹.

La mayoría de los intentos revolucionarios comunistas y socialistas en Europa fueron derrotados, tales como la Comuna de París por alianzas de las antiguas monarquías y/o las fuerzas liberales propiciadas por la burguesía. Ya en la II Internacional se pone de manifiesto que existen dos visiones sobre las vías principales que debe tomar el socialismo: por un lado, más cercano a los valores socialdemócratas, se encuentran las visiones que apoyan un reformismo parlamentario; mientras que, por otro lado, el bolchevismo mantiene posturas revolucionarias como vía para lograr el éxito del socialismo.

Fracasos socialistas más tardíos como la Revolución Bávara o los movimientos consejistas, aumentaron cada vez más la impresión de que el socialismo en Europa no iba a triunfar a través de la revolución, llevando a revisionismos socialdemócratas como los postulados de la Sociedad Fabiana en Londres. En 1921, con la III Internacional, queda en evidencia la ruptura total entre las dos corrientes, dándose la escisión definitiva de la tesis revolucionaria del partido comunista. La aprobación de los presupuestos de guerra en Francia y Alemania por los socialistas son, además, un indicativo de un

1. Justamente en esta combinación de un sentido de nostalgia imperialista y de valores sociales tradicionalistas, por un lado, y el uso de la industria moderna y los nuevos canales de comunicación masivos para impulsar un nacionalismo feroz, por otro lado, se encuentra el origen del fascismo en Europa.

creciente nacionalismo y patriotismo en contra de valores más internaciona- listas y antiburgueses.

La lógica de las disputas ideológicas entre comunismo y capitalismo ya encontró sus primeros inicios desde el primer momento en que, en Rusia, sucede la Revolución de 1917.

Desde un primer comienzo, observamos al comenzar la Guerra Civil Rusa una dinámica de ejércitos rojos y blancos que, en cierta medida, es se- mejante al dualismo binario entre comunistas y capitalistas que enmarca a la lógica de la Guerra Fría en los territorios donde capitalismo y comunismo se combaten. Así, podría argumentarse que, en realidad, la Guerra Fría comien- za mucho antes que 1945. Sin embargo, no ganó protagonismo exclusivo debido a su solapamiento con otros conflictos ideológicos y militares simul- táneos que se daban en el mundo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Muchas de las dinámicas y dialécticas presentes en Rusia serían luego una referencia para sectores populares desheredados en el mundo, es decir, personas oprimidas y explotadas económicamente. Había una tensión in- herente entre populismo ruso (campesinado) y bolchevismo (vanguardia obrera) que también pervivió en otras disputas comunistas en el mundo, incluido en las guerrillas latinoamericanas: era común la presencia de una minoría ilustrada comprometida que movilizaba amplias masas analfabetas, especialmente entre los campesinos de las zonas rurales de Rusia y luego otras geografías en todo el mundo.

El nacionalismo e imperialismo radical se impuso en Europa y llevó a una lógica de confrontaciones ultranacionalistas que culminaron en dos Guerras Mundiales que tuvieron como principales consecuencias: la desintegración de varios imperios plurinacionales (Austria-Hungría, Imperio Otomano), la Revolución Rusa de 1917, la Revolución China de 1949 y el auge de Estados Unidos como primera potencia militar mundial y líder del sistema financiero internacional, consolidando su poder sobre Europa a través del fondo Marshall.

Paradójicamente, la anterior expansión de los imperios europeos sembró semillas para su propia destrucción al poder hablarse de sobre-expansión (véase Graeber & Wengrow, 201) y la posibilidad de que las ideas contra- rias al Antiguo Régimen encontraran sus defensores en los rincones del mundo que estaban siendo explotados y oprimidos en la periferia mundial del sistema económico. En Asia, a partir del siglo XVII, se hicieron fuertes los modelos de cooperación económica-militar entre las Coronas y las empresas como la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, la Compañía Britá- nica de las Indias Orientales y la Compañía Francesa de la Indias Orientales.

Particularmente Gran Bretaña y Francia entraron en una carrera por expandir su esfera de influencia en el Subcontinente Indio e Indochina. Los intentos de los imperios europeos de expandirse en China sólo tuvieron éxitos locales en ciudades como Hong Kong y Macao, que pasaron a ser colonia de Gran Bretaña y Portugal, respectivamente. Estas intrusiones europeas actuaron como caballo de Troya para el creciente auge de ideas liberales y comunistas.

Las Guerras del Opio fueron devastadoras para el Antiguo Régimen en China y se dio la Revolución de 1911, que acabó con el Imperio Qing y estableció la República China. Este alzamiento se realizó por parte de una gran variedad de grupos y guerrillas, que en su mayoría eran relativamente pequeños. El derrocamiento del imperio llevó a la formación de entidades políticas como el Partido Nacionalista Chino, fuertemente influenciado por corrientes liberales.

Sin embargo, entre los grupos que tumbaron el Antiguo Régimen chino, en parte, había formaciones y alianzas que se inspiraban en ideas anarquistas o estaban comenzado a desarrollar ideales comunistas, marcando un precedente importante para la fundación del Partido Comunista de China en 1921.

Tras una breve alianza entre el Partido Comunista de China y el Partido Nacionalista Chino, la falta de entendimiento sobre el proyecto del país y los mecanismos de reparto de poder, se dio la Primera Guerra Civil China (de 1927 a 1937), con la creación del Ejército Popular de Liberación o Ejército Rojo que, más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial y la Segunda Guerra Civil China (de 1945 a 1949), se haría con el poder, creando la República Popular China, que desplazó al partido nacionalista a Taiwán. Tras la Segunda Guerra Mundial y durante toda la Guerra Fría, todo el continente asiático se convirtió en un territorio en disputa de las esferas de influencias capitalistas y comunistas.

Por otro lado, en África, al no contar con monarquías y dinastías autóctonas establecidas (menos en el caso de Etiopía) los movimientos socialistas y comunistas que se dieron siguieron una lógica distinta y, en gran medida, estaban informados por una mirada de construcción de estados soberanos controlados por las élites locales frente a los invasores europeos. Es importante recalcar, sin embargo, el origen más bien aleatorio de las fronteras nacionales concretas, puesto que a menudo eran el legado de una división territorial hecha por colonizadores europeos, sin respetar etnias, religiones u otros elementos de percepción de pertenencia.

Podría hablarse de una situación mucho más pragmática en cuanto al uso de las ideologías socialistas y comunistas como instrumento de consolidación nacional más que como una agenda conceptual a perseguir en el largo

plazo. Era común la creación de Frentes de Liberación Nacional, que se asemejaban en gran medida al caso de la India en su pugna por la independencia. Sin embargo, mientras que el socialismo o el comunismo podían ser parte del programa de las formaciones, más bien la lucha armada tenía en el centro el anticolonialismo, explicando las razones por las que se forjaron alianzas amplias de actores de la lucha armada que no eran siempre de izquierda y, al contrario, el espectro ideológico fue muy amplio. Más bien, entonces, estos movimientos usaron tácticas guerrilleras, pero evolucionaron hacia movimientos que tenían la independencia en el centro y no necesariamente el marxismo.

Durante la Guerra Fría, de hecho, el enfoque siguió siendo el del antimperialismo y las guerrillas y movimientos nacionalistas mezclaron todo tipo de bases ideológicas según consideraciones estratégicas de los grupos que trataban de deshacerse de las potencias europeas. Es decir, los actores locales buscaban alianzas puntuales y prestaban diferentes idearios en función de si esto permitía incrementar las posibilidades de construir estados soberanos independientes.

Esto se vio aumentado por las alianzas pragmáticas del Movimiento de Países No Alineados que hizo expresa la intención de mantenerse al margen de la Guerra Fría para poder construir agendas propias y autóctonas. Una muestra de este pragmatismo ideológico se dio, por ejemplo, con Yaafar al-Numeiry que fue presidente de Sudán entre 1969 y 1985, quien buscó alianzas puntuales con la Unión Soviética, más tarde con la China de Mao y tuvo incluso etapas de fuerte cooperación con los líderes religiosos del país tras, anteriormente, haber sido un enemigo abierto de los clérigos.

Otros países como Angola o incluso Sudáfrica tuvieron tendencias en las que la ideología era un medio más que un fin para alcanzar el final de la opresión colonial². Para muchos otros países los debates ideológicos globales de la Guerra Fría se percibieron como oportunidad de cambio autóctono y nacionalista. En numerosas ocasiones, las ideologías críticas con el orden mundial fueron utilizadas como instrumento de poder para la promoción de intereses personalistas de aquellos líderes autocráticos que veían en las

2. De hecho, cuando hablamos de socialismo (también comunismo) en África estamos hablando corrientes extremadamente variadas y, a veces, no tan parecidas entre sí. Por nombrar dos ejemplos, el socialismo panarabista no tenía nada que ver con partido baazista más allá de unas siglas o unas ideas abstractas de solidaridad que en la práctica llevaban a acciones y programas políticos muy diferenciados.

posiciones antioccidentales una oportunidad de consolidar su jefatura en un nuevo Estado.

Finalmente, en Latinoamérica, los movimientos socialistas y comunistas llegaron en una etapa distinta del anticolonialismo. Las fuerzas españolas ya habían sido expulsadas hacía más de un siglo en la mayoría de los territorios latinoamericanos; pero, especialmente a partir de 1850, se había consolidado un sistema de control férreo de la economía por parte de oligarquías que controlaban los grandes latifundios en cada país latinoamericano y habían conseguido traducir este poder económico en un poder político completamente cerrado a los sectores populares (Carmagnani, 1984; Halperin Donghi, 1998; Bulmer-Thomas, 1994).

Es decir, a diferencia de Europa, la batalla de visiones sobre cuál debía ser el orden social ya no contaba con la Corona como actor, sino que se dio durante todo el siglo XIX una batalla política entre sectores conservadores apoyados por la Iglesia Católica y sectores liberales apoyados por la burguesía que tenía acceso a las redes de comercio global y, por ello, había amasado una inmensa fortuna.

Mientras tanto, los primeros sindicatos y organizaciones colectivas de trabajadores, así como la continuidad de la resistencia indígena, estaban asentando un germen político que, más tarde, ya durante la Guerra Fría, propiciaron una escisión entre las guerrillas liberales y las guerrillas comunistas.

De manera macro, puede argumentarse que la llegada de las ideas socialistas y comunistas a Latinoamérica estuvo marcada por tres factores clave. Primero, una experiencia común de historia de colonialismo y lucha contra las Coronas europeas (principalmente España y Portugal) y más tarde una lucha de resistencia ante la creciente influencia de Estados Unidos como fuerza hegemónica militar y económica en las Américas. Este primer factor cuenta con una importante dimensión oligarca, pues, en parte, se puede hablar de la lucha anticolonialista como una serie de alianzas de las clases populares con élites regionales que querían deshacerse de la necesidad de pagar tributos y lealtades a las Coronas europeas.

Sin embargo, una vez expulsada la opresión monárquica, la oligarquía afianzó su poder tejiendo alianzas con el capitalismo internacional, especialmente con Estados Unidos como principal socio comercial, llevando a una nueva situación de explotación que las clases populares comenzaban a describir como nuevas formas de imperialismo.

En segundo lugar, el análisis del aterrizaje de las ideas socialistas y comunistas en Latinoamérica debe incorporar la importancia de una fuerte mi-

gración de Europa hacia Latinoamérica de personas que buscaban nuevas oportunidades económicas o se exiliaban a América por razones políticas.

Esta migración representó un puente intelectual a través del cual comenzaron a gestarse tendencias sindicalistas e ideas de organización colectiva y política como mecanismo de influencia en la política nacional. Así, surgieron lazos informales durante todo el siglo XIX que, de manera gradual, vieron el crecimiento de la organización colectiva de los sectores populares, así como la creación de asociaciones en defensa de derechos indígenas. Es importante resaltar que el comunismo y el socialismo al traspasar fronteras y culturas en su avance tuvo que adaptarse a costumbres y a realidades locales. Sin embargo, también pasó lo inverso: los actores locales viendo unas desigualdades y sufriendo una explotación que resonaba con las demandas del comunismo de la liberación de las cadenas que ataban al proletariado.

El marxismo-leninismo encontró formas de trascender su origen urbano. En su imaginario, el campesinado se encontraba igualmente en una explotación, siendo ambas clases sociales víctimas: el proletariado era víctima del capitalismo moderno y el campesinado lo era del feudalismo tradicional. Ambas eran grupos desheredados, carentes de capital y de privilegios. En cada geografía puede hablarse, entonces, de toda una serie de capas de discriminaciones estructurales, así también las poblaciones indígenas y afros en toda América sufrían una realidad de opresión que atravesaba fronteras. La esclavitud y la servidumbre no comenzó a abolirse hasta el siglo XIX y puede hablarse claramente de una situación en la que la opresión económica creaba nuevas formas de dependencias que hacían imposible una liberación real de las personas que anteriormente habían sufrido la esclavitud. Así una violencia represora se convirtió, para muchas personas, en otras violencias que reprimían su día a día y su capacidad económica de desenvolverse libremente como individuos.

Las experiencias latinoamericanas con la empresa United Fruit Company fueron la culminación de sistemas políticos que comenzaron a velar por los intereses de las élites nacionales e intereses comerciales extranjeros y que no dudaron en utilizar la violencia para acallar protestas o resistencias locales a la explotación de la población trabajadora. El uso de violencia armada por parte de empresarios contra las reivindicaciones populares marcó un importante precedente para explicar, más tarde, el surgimiento de grupos paramilitares que se dedicaron a luchar contra las guerrillas comunistas; frecuentemente a sueldo de empresarios locales.

Por tanto, la interconectividad de Latinoamérica con el sistema comercial internacional fue un elemento clave para explicar que personas llegadas desde

Europa trataran de replicar la organización colectiva de trabajadores y obreros, estableciendo sindicatos y más tarde ayudando a establecer organizaciones políticas comunistas.

En tercer lugar, jugó un papel fundamental la creciente disputa geopolítica mundial que se acentuó con el final de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría –en la que dos modelos ideológicos correspondientes a dos visiones sobre cómo organizar la sociedad internacionalmente compitieron por alcanzar la hegemonía mundial.

Es importante resaltar que, mientras el comunismo tomaba primeros impulsos serios en Latinoamérica tras la Revolución Rusa y comenzaban a surgir las primeras organizaciones con un poder colectivo significativo, en todo el mundo, se daba un debate intelectual parecido: la lucha armada frente a otras vías para conseguir los objetivos de liberación de las clases oprimidas. Aunque los detalles de cada movimiento importaron mucho en la práctica, a nivel más abstracto, las opciones se reducían principalmente en dos posibles vías o familias ideológicas: 1) la radical y violenta (comunismo revolucionario tradicional) o 2) la reformista, parlamentaria y no violenta (movimientos socialdemócratas). Por supuesto, había un debate de fondo sobre eficiencia, es decir, qué modelo tenía más esperanzas de producir resultados.

A nivel moral, en esencia, la cuestión conectaba con un dilema antiguo: adoptar posturas deontológicas basadas en principios inalterables (postura kantiana) o, al contrario, apostar por el consecuencialismo (postura utilitarista). En gran medida, este debate moral resume los dilemas ideológicos a los que se enfrentaban los líderes de los movimientos de izquierda. Ante la imposibilidad de conocer con precisión los posibles resultados, el consecuencialismo era una apuesta arriesgada. Por supuesto, entonces, cuando las situaciones sobre el terreno mostraban que no se conseguían los objetivos marcados (véase abajo), esta postura utilitarista perdía credibilidad y ganaban fuerza ideas más kantianas.

Es decir, pensar del comunismo y el reformismo socialdemócrata como corrientes completamente separadas es una simplificación. Todas las guerrillas fueron comunistas radicales mientras hacían la guerra y planteaban posturas de reformismo en cualquier situación de negociación con el estado. Por tanto, muchas de las categorizaciones en grupos claramente separados por “ismos” es una ilusión conceptual generada por una racionalización ex post.

El surgimiento de las guerrillas comunistas en toda Latinoamérica no podría entenderse sin una situación en la que las injusticias y desigualdades locales fueron traducidas en la creación de actores que encontraron fuertes

aliados internacionales como la Unión Soviética y, puntualmente, China. En una realidad latinoamericana donde las fuerzas liberales y las fuerzas conservadoras seguían combatiendo en una batalla política y cultural, las revoluciones y guerrillas comunistas encontraron un hueco que cambiaría la trayectoria política de todo el continente americano.

Muchas de las luchas emancipadoras anticolonialistas se tildaron de comunistas porque el comunismo había conseguido llegar previamente a dos países: Rusia y China, y, en ese momento, se interpretaban por muchos intelectuales en Latinoamérica como fuerzas liberadoras, ya que aún no se sabía toda la represión comunista interna. Sólo se conocía la labor del imperialismo colonialista. Algo parecido ocurrió en Cuba: hubo una guerrilla plural que acabaría convirtiéndose en comunista en un proceso de rechazo del imperialismo colonial.

Así, finalmente, el espacio latinoamericano entró en una disputa feroz entre las fuerzas liberales y capitalistas con la Revolución Cubana de 1959 que volcó a las grandes potencias mundiales en un estado de neurosis permanente sobre los peligros que representaba una Latinoamérica en la que triunfaba el contrincante. La preocupación de Estados Unidos llegó hasta tal punto que se convirtió en una práctica habitual usar la fuerza para derrocar gobiernos de izquierda elegidos democráticamente (Roitman Rosenmann, 2019) si se consideraba como potencialmente peligroso para los intereses nacionales de Estados Unidos y se prefería la instauración de dictaduras que mostraban apego al capitalismo como la de Pinochet en Chile.

Otros ejemplos fueron el derrocamiento de Jacobo Árbenz en Guatemala y otras injerencias a favor de líderes autoritarios anticomunistas en países como Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Nicaragua, Perú, Uruguay y Paraguay. En Colombia (véanse capítulos 3 y 4 de este libro), Estados Unidos fue el principal aliado internacional del gobierno en contra de las guerrillas comunistas y, en momentos de máxima cooperación, Estados Unidos fue el máximo responsable para la modernización de todo el ejército colombiano.

Mientras tanto, Cuba, la Unión Soviética y China tuvieron un papel importante sobre las guerrillas comunistas en los distintos países de Latinoamérica. En primer lugar, estos tres países –al haber llevado a cabo una revolución que llevó al comunismo al poder– se presentaban como referentes ideológicos y conceptuales importantes de los cuales las guerrillas latinoamericanas prestaban gran parte del ideario y los discursos y narrativas que sostenían la base ideológica para la continuidad de la lucha armada.

En determinados casos, incluso, países como Cuba tuvieron una importante relevancia a la hora de la formación militar de líderes revolucionarios en distintos países latinoamericanos. Ideólogos como el Ché Guevara³, por ejemplo, dedicaron una gran parte de su activismo político a tejer lazos transnacionales entre revolucionarios de Latinoamérica, África y Asia (Priestland, 2010), incluyendo visitas frecuentes a diferentes países con grupos armados comunistas. Había, por tanto, una creciente visión entre los contrincantes de la Guerra Fría, de que se estaba dando una batalla ideológica global bajo el mantra de un “juego de suma cero”; es decir, una situación en la que uno de los dos bandos –el capitalismo o el comunismo– conseguiría una victoria global absoluta por lo que cada retroceso o avance geográfico se consideraba esencial para ambos bandos.

Fue especialmente en los años 60 cuando empezaron a crearse movimientos de lucha armada que tuvieran una oportunidad real de hacerse con el poder político en varios países de Centro y Sudamérica (Sanin, 2015). En toda Latinoamérica se consolidaron grupos organizados que vieron en el éxito de la Revolución Cubana en 1959 un ejemplo a seguir. El éxito de la Revolución Cubana inspiró a una amplia variedad de grupos armados tales como, por ejemplo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Argentina, las guerrillas de Ñancahuazú y el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELN), Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua, las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) de Guatemala, el Sendero Luminoso (SL) de Perú, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) de Uruguay o las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Todos estos grupos combinaban ideologías marxistas-leninistas y aspiraciones nacionalistas (Priestland, 2010) en sus objetivos de crear entidades políticas realmente soberanas que fueran capaces de tumbar las dependencias económicas capitalistas de países como Estados Unidos, que veían como a una nueva fuerza imperial. En este proceso de llegada de ideas marxistas-leninistas y toda una variedad de otras corrientes intelectuales enfocadas en la liberación de poblaciones oprimidas, cada población realizaba una propia interpretación local, según el contexto, de los tipos de discriminación a los

3. El guevarismo apoyaba la tesis del foquismo, es decir, la estrategia de promover núcleos revolucionarios en ciertas áreas rurales hasta que se dieran las condiciones para una movilización del proletariado que, en su acción conjunta con las acciones revolucionarias rurales, consiguiera promover una revolución exitosa en la toma de poder nacional.

que dichas poblaciones estaban expuestas y, en general, los elementos culturales de cada lugar llevaban a una ramificación muy variada de los conceptos intelectuales que llegaban a cada territorio. Cabe destacarse también la situación particular de las poblaciones indígenas dado que la adaptación se enmarcaba en un contexto completamente diferente al que pudieran hacerlo otras comunidades, puesto que, era habitual la siguiente realidad:

Los pueblos indígenas se encuentran inmersos en sistemas políticos que les son absolutamente ajenos y externos, que fueron creados y definidos por los respectivos estados nacionales. Este hecho supone un largo proceso de adquisición de conocimiento sobre las formas en que funciona el sistema político, una gran capacidad de adaptación al mismo, y en muchos casos adoptar nuevas formas de estructuras de organización política (Rodríguez Mir, 2008).

Es importante resaltar, de manera panamericana, la importancia de los movimientos indígenas en diferentes geografías. En especial en el siglo XX, el activismo de la población indígena ha ganado fuerza en muchísimas comunidades latinoamericanas. Es el caso de una multitud de ejemplos, entre los cuales se encuentran las poblaciones Guna, los pueblos de Uraccan, Totona-capan, Huasteca, Kukama, Wayuu, Xavante, Mapuche, Quechua, las poblaciones campesinas e indígenas de Quebrada de Humahuaca y Puna de Jujuy.

Cabe resaltarse el caso de grupos de autodefensa como los de la Revolución Zapatista de México, un ejemplo más tardío, pero que refleja de manera muy clara las dinámicas por las cuales, para la población indígena, la lucha era hasta gran medida otra: se formulaba como una autodefensa para proteger sus territorios y no como una organización política que quisiera tomar el poder a nivel nacional. Esta es una diferencia clave que diferenció a las guerrillas de carácter exclusivamente indígena de otros proyectos guerrilleros más amplios y diversos. Esto también sería una dinámica propia del Quintín Lame en Colombia (véase abajo): no se trataba tanto de una ofensiva para cambiar el sistema político sino, más bien, de una defensiva para proteger su propio espacio y conseguir una emancipación en forma de autonomía política y económica.

Comunidades indígenas como la población Nasa, Misak, Komonuco, Yanakona, Kogis, Arhuacos, Wiwas, Kuankuamos y Totoró en Colombia tuvieron una relevancia importantísima a la hora de participar de manera más o menos activa como actores de los movimientos sociales adyacentes al conflicto o, a nivel más individualistas, directamente como miembros de

las organizaciones guerrilleras que también trataban ganar aliados e integrar las sensibilidades indígenas a su causa. Mientras que existieron grupos de autodefensa propiamente indígenas, también hubo indígenas que decidían unirse a algunas de las principales guerrillas. Por tanto, hubo cierta simbiosis.

Mientras que la lógica de las guerrillas marxistas y comunistas era diferente a la de las autodefensas indígenas, en ambas había procesos parecido de adaptación de ideas de liberación de origen internacional a la situación particular de cada grupo. En la dicotomía entre comunismo y nacionalismo es muy importante señalar el papel ambivalente que jugaron las relaciones de los grupos guerrilleros y de autodefensa con el ideario anticolonialista que surgió de manera paralela a partir del Movimiento de Países No Alineados (MPNA) que formulaban como principal objetivo la independencia frente a los imperialismos occidentales, así como de las superpotencias mundiales que habían comenzado a dominar las relaciones globales, es decir, Estados Unidos, la Unión Soviética y, aún en menor medida, China.

Cada viaje ideológico del comunismo hacia un nuevo país, por tanto, significaba un proceso de cambio, de experiencias colectivas y personales que marcaban otros modos y otros tiempos para el casamiento de la ideología marxista con las ontologías de cada localidad. Así, la Revolución de Cuba, significó un impulso y un referente para aquellas poblaciones que percibían que están siendo discriminadas y oprimidas; pero la traducción que se realizó en cada en cuanto cuál debía ser la acción cambiaba de manera radical de país en país y se generaba de manera muy orgánica según los debates nacionales, el tipo de desigualdades estructurales que existía en cada geografía y según la capacidad colectiva que existía por la existencia o ausencia, en cada caso, de movimientos o intentos previos de organizar organizaciones que promovieran un proceso de cambio nacional.

En Centroamérica, también se hizo notar el éxito de la Revolución Cubana y surgieron varios grupos armados marxistas. Tanto en Guatemala como en El Salvador, aunque en etapas diferentes, se produjeron etapas de transición, respectivamente, en las que los grupos armados finalmente se convertirían en partidos del sistema político tras numerosos años de combate (Sánchez Iglesias, 2020). Inicialmente, uno de los principales grupos fueron las Fuerzas Armadas (FAR) guatemaltecas que se fundaron en 1962 a partir de la unión de varios movimientos revolucionarios. Sin embargo, las FAR pronto se vieron arrinconadas por la contrainsurgencia (Carrillo, 2004) además de sufrir divisiones ideológicas internas que llevaron a la creación del Ejército Guerrillero de los Pobres (véase Carrillo, 2004; Romano, 2012) que

decidió distanciarse de la inspiración castrista en favor de un posicionamiento más nacionalista y en apoyo de los derechos indígenas (Carrillo, 2004).

Finalmente, se crearía la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que supuso la nueva unión de los principales grupos guerrilleros en 1982. Tras una década y media de violencia quedó evidente un empate entre las fuerzas del gobierno y las de la guerrilla.

Tras el final de la Guerra Fría, comenzó un proceso de paz que concluiría en 1996 con la integración de la URNG en el sistema político de Guatemala tras los Acuerdos de Paz Firme y Duradera. Nunca se superaron, por parte de la URNG, sus resultados de las elecciones presidenciales de 1999, en los que alcanzaron el 12.36 por cien de los votos (Jan, 2005, p. 83-85).

Mientras tanto, en El Salvador, el principal grupo de lucha armada, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) no se formó hasta 1980 (Martín Álvarez, 2014). Inicialmente, el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) optó por una alianza con la burguesía democrática y los movimientos revolucionarios anteriores sólo empezaron a generar apoyos importantes en los años 70.

Tras primeras derrotas, el FMLN se recompuso en la clandestinidad y los combates con las Fuerzas Armadas de El Salvador (FAES) se convirtieron en una guerra civil que produjo un empate ante la imposibilidad de ningún bando de alcanzar una victoria militar. Ambos bandos reconocieron este hecho y en 1992 firmaron los Acuerdos de Paz de Chapultepec.

Los acuerdos de paz, con un amplio respaldo de la comunidad internacional, supusieron la integración del FMLN en el sistema político (Sánchez Iglesias, 2020). Años más tarde, entre 2009 y 2019, el FMLN incluso ganó las elecciones presidenciales de la mano de Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén.

Nicaragua, por el contrario, tuvo otra evolución que Guatemala y el Salvador. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), tras ser fundado en 1961, en pleno apogeo del castrismo, tomó las armas para imponer un gobierno revolucionario y de antiimperialismo contra Estados Unidos (Martí I Puig, 1997).

Tras una estrategia de lucha prolongada, en 1979, consiguieron hacerse con el poder del gobierno de Nicaragua tumbando el régimen de Anastasio Somoza Debayle por vía de la fuerza armada. Sin embargo, desde los comienzos del gobierno sandinista empezaron a sentarse las bases para un movimiento contrainsurgente apoyado por Estados Unidos a través de la CIA, conocido como los Contras. Ya en 1983, el FSLN decidió transformarse en partido político y se mantendría en el poder durante varias contiendas elec-

torales hasta 1990, perdiendo ante la Unión Nacional Opositora y ocupando la oposición durante dieciséis años.

De este modo, según Sánchez Iglesias (2020), existen cuatro posibles escenarios para la evolución histórica de la lucha armada en Latinoamérica: la guerrilla triunfó y se convirtió en partido dominante (Cuba y Nicaragua), la guerrilla fracasó y desapareció (FALN y MIR de Venezuela), la guerrilla se transformó en un partido político sistémico (Tupamaros) o la guerrilla continuó en una situación de lucha prolongada (FARC, ELN, Sendero Luminoso).

Las dos primeras situaciones vinieron determinadas por una cuestión puramente militar y la literatura ha concluido que un claro resultado militar fue el más propenso a una estabilidad política posterior que produjera una ausencia de conflicto prolongada en el tiempo (Fortna, 2008; 2003; Walter, 2002).

Sin embargo, el abanico de posibles resultados se ampliaba en las situaciones de empate militares entre las guerrillas comunistas y el Estado capitalista. Es decir, en cada país, situaciones parecidas de empate han producido resultados opuestos: la transformación de la guerrilla en partido político del sistema o bien la continuidad de la guerrilla durante varias décadas, hasta el extremo de que varios grupos guerrilleros comunistas siguen en su lucha armada en la actualidad o han visto la presencia de escisiones armadas después de que una guerrilla determinada decidiera firmar una paz permanente con el estado en cuestión.

Es así como Latinoamérica se vio atrapada como territorio de lucha de la Guerra Fría⁴. Sin embargo, a pesar de que cayera la Unión Soviética y se declarara a nivel global el final de la Guerra Fría, no todas las guerrillas comunistas latinoamericanas han desaparecido. En Colombia, siendo el principal

4. Al verse Latinoamérica atrapada en esta lógica de Guerra Fría, aumentó la cultura política de amigo-enemigo y su conexión con una visión militarista donde cualquier rasgo de inquietud podía interpretarse como traición o una falta de patriotismo. No es de extrañar, por ejemplo, que el Uribismo en Colombia, tal como se visualiza en capítulos posteriores, tuviera una fuerte relación con la Doctrina de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Con la Guerra Fría, se abrió una especie de “caza de brujas” planetaria que hasta llevó a políticas radicales en la propia Estados Unidos con la persecución de intelectuales, científicos, artistas y cineastas. Por nombrar un ejemplo popular, el dramaturgo Arthur Miller sufrió una persecución legal sistemática que hoy podría considerarse un claro caso de *lawfare*, es decir, la instrumentalización de procesos judiciales para deslegitimizar a un oponente. Algo parecido sucedió con el físico nuclear Robert Oppenheimer, que fue utilizado y una vez terminado su trabajo en el desarrollo de la bomba nuclear perseguido y marginado por su pasada militancia en el comunismo.

enfoque de este libro, el final de la Guerra Fría fue un factor clave para explicar la decisión de varias guerrillas de firmar la paz con el Estado –especialmente el Ejército de Liberación Popular (EPL) y el Movimiento 19 de Abril (M19) que, además, decidieron participar de manera activa en la formulación de una nueva Constitución para el país que fue aprobada en 1991.

Sin embargo, las guerrillas comunistas en Colombia no acabaron y, de hecho, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) llegaron a su máxima expansión territorial a finales de los años 90. Las FARC siguieron una lucha cruenta contra el Estado colombiano hasta la firma de los Acuerdos de La Habana de 2016. Por otro lado, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) ha permanecido en guerra contra el estado colombiano desde la fundación de este grupo guerrillero hasta la actualidad.

Tras varios intentos de negociación fallida, en la actualidad, el ELN se encuentra negociando en un proceso de paz con el gobierno de Gustavo Petro en el año 2024, justamente 60 años tras la fundación del ELN en 1964. Por lo tanto, habiendo ganado nuevas perspectivas tras los acuerdos de La Habana con las FARC, este libro plantea una incógnita que hasta la actualidad deja muchas preguntas sin responder: ¿por qué, tras más de treinta años desde la Caída del Muro de Berlín, sigue habiendo manifestaciones y huellas tan profundas de la guerra fría en Colombia?

En conversación con actores del conflicto, esta investigación tratará de presentar nuevos marcos analíticos que puedan servir para responder a esta cuestión desde una perspectiva integrada – es decir, una perspectiva que haga referencia a los factores macro (nivel internacional), los factores meso (nivel nacional) y los factores micro (nivel local) para ofrecer una visión conjunta que pueda explicar un conflicto armado tan longevo entre las fuerzas capitalistas y las fuerzas comunistas del país. Las huellas de la guerra fría son evidentes en Colombia, pero también han permanecido huellas en el mundo que, de manera menos visible, pero no por ello menos importante, siguen impactando las dinámicas de las relaciones internacionales. Este libro desarrollará una serie de conceptos para entender mejor los mecanismos a través de los cuales cada etapa macrohistórica deja una serie de huellas y cicatrices. En definitiva, cada etapa histórica actúa como un sedimento, acumulando herencias para las futuras generaciones.